

Editorial

La complejidad de la disuasión

María Celina Castoldi



El año comenzó con la invasión rusa a Ucrania y aunque el devenir de la guerra sigue condensando al día de hoy la mayor atención mundial y la incertidumbre es la variable predominante en todos los análisis, hay coincidencia en que la competencia entre China y las potencias Occidentales por prevalecer en la transformación del sistema internacional seguirá marcando el ritmo de las relaciones.

La invasión a Ucrania favoreció la proliferación de hipótesis en torno a un probable ataque de China a Taiwán, y en este periodo hemos visto como las autoridades de la Taipéi, Japón y Australia alertaron al mundo sobre el riesgo real de esta amenaza, se apuraron a prometerse ayuda y, cada uno por su parte, iniciaron ejercicios de entrenamiento, suscribieron acuerdos de cooperación para el desarrollo de programas científicos de defensa, anunciaron planes para duplicar la producción de misiles y el ministro australiano de defensa se atrevió a declarar que muy probablemente su país iba a contar con los submarinos nucleares antes de la fecha prevista para 2040. Y también fuimos testigos de cómo uno de los jefes de la Armada de EE.UU. afirmó que en esta década se dará el mayor riesgo de un ataque chino a Taiwán (“peak risk”).

Ya sea que se trate de presunciones con mucha o poca probabilidad de ocurrencia, advertimos que al prolífico estrechamiento de alianzas y entrenamientos combinados multilaterales que se dio durante los últimos años, le estaría siguiendo un periodo donde el desarrollo de armamento convencional y no convencional, de armas cibernéticas, nucleares e incluso cinéticas se aceleraría.

Los documentos de defensa de Estados Unidos y Reino Unido Gran Bretaña desde hace casi una década vienen señalando que la competencia con China es estratégica y sistémica, dando a estos términos un alcance multidimensional y a largo plazo. Consecuentemente, se han venido preparando para librar una competencia de largo aliento, no solo circunscripta a los mares de China sino también en el Pacífico, el Índico, el Ártico y la Antártida.

La Armada China por su parte ha alcanzado el Golfo de Adén y la costa oriental africana en apoyo a su flota mercante desplegada, ha realizado ejercicios navales con Paquistán, Irán y Rusia y sus dos rompehielos han alcanzado la Península Antártica en las últimas dos campañas.

Así configurado el escenario, no debiera sorprender que la problemática de los mares de China vaya a seguir liderando las distintas áreas de estudio en las principales academias militares de occidente y que la carrera por la innovación tecnológica aplicada a la guerra, de la mano de la producción de armamento, marque el pulso de la geopolítica mundial.